

El despertar de Mona Lisa

Sunny



Traducción de Ana García



PANDORA

Libros publicados de Sunny

MONÈRE, LOS HIJOS DE LA LUNA

1. El despertar de Mona Lisa
2. El florecer de Mona Lisa

Próximamente:

3. *Mona Lisa Craving*

Título original inglés: *Mona Lisa Awakening*

© DS Studios, Inc., 2006

Diseño de la colección: © Alonso Esteban

Ilustración de cubierta: © Brianna Lohr

Primera edición: septiembre de 2010

© de la traducción: Ana García

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

Impreso por Litografía Rosés S. A.

ISBN:978-84-9800-628-5

Depósito legal: B-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

A mi extraordinaria editora, Cindy Hwang, y a mi superagente, Roberta Brown. Y especialmente gracias a Laurell K. Hamilton y Anne Bishop, cuyas maravillosas historias han inspirado mi serie 'Monère, los hijos de la luna'.

Violento regreso a casa

Deliberadamente lo inhalé, absorbiendo su perfume hasta lo más profundo de mí con un intenso y posesivo deleite. Esto es lo que había estado esperando durante estos largos y áridos veinte años. Un mensajero de mi mundo, un iniciador en mi auténtica vida. Esto es lo que vitalmente había echado en falta en los pocos hombres que había tomado en mi cuerpo. Nadie con quién hubiera intimado tenía mi química, ninguno era de mi clase. No sabía qué era lo que no funcionaba con ellos, conmigo, hasta aquel momento en que sentí a Gryphon con un primitivo reconocimiento en aquella estéril sala de urgencias. Compañero. Ahora él estaba aquí...

 Mi cálido aliento barrió la curva de su cuello, justo por encima de donde palpitaba su débil pulso.

 —¿No quieres que sea tuya?

 Se estremeció y cerró los ojos.

 —Más de lo que deseo vivir.

En el aire había enfermedad y muerte; mujeres llorando, hombres maldiciendo, cuerpos sin lavar. El hedor del sufrimiento y la angustia. Un hogar que yo deliberadamente había escogido y donde había decidido estar. El hogar donde habitaba la necesidad desesperada, que me atraía hacia su interior con su intenso olor a miedo y dolor.

Yo era enfermera de urgencias en la solitaria isla de Manhattan. La enfermedad me llamaba. Dentro de mí habitaban la oscuridad y la luz. Siempre lo había sabido, siempre lo había sentido... Una fuerza dormida yacía inerte junto a mi latente habilidad de curar, que todavía no había despertado (para mi alivio y para mi desesperación). Aguardando. Hasta ese momento, me había sentido llamada por la enfermedad, que me atraía con sus invisibles dardos de dolores y angustias.

A mi alrededor, en la sala urgencias del hospital de San Vicente, en el corazón del Greenwich Village, ya se habían desatado el ajeteo y las prisas. En la cama uno, un rostro joven de mujer se encontraba cubierto de sangre, lacerado de la sien a la barbilla; era un alto precio que una débil puta pagaba por pasear por oscuros callejones allá afuera en las calles. Sujeto por correas, en la cama dos, había un tipo desaliñado queapestaba a alcohol y que luchaba entre el delirio y la abstinencia. En la cama tres un niño gritaba de dolor y sus gritos resonaron en mi sensible corazón. Era un lamento que no podía ignorar.

Me apresuré hacia la cama tres y me encontré con que el doctor Peter Thompson estaba allí. Era uno de los internos buenos que acababa de empezar en urgencias; era humilde y agradecido cuando se le ayudaba, no como esos imbéciles que

todo lo saben. Aún mejor, tenía novia y le era fiel, no era uno de esos babosos.

—¡Oh! Qué bien que estás aquí, Lisa —dijo Peter, lanzándome una sonrisa de alivio—. Eres estupenda con los críos. ¿Puedes ayudarme con este?

—¿Qué tenemos aquí? —pregunté.

Era un jovencito de unos seis años, de suave pelo castaño y con un montón de pecas; estaba encogido y hecho una bola, con sus delgados brazos se agarraba el estómago; las lágrimas le habían empapado el rostro y la camisa. Gemía de dolor. Su madre, una joven morena, asía las barras de la camilla; sus nudillos estaban blancos y se mordía el labio inferior con impotencia.

—Kurt estaba perfectamente hasta hace una hora, cuando dijo que le dolía el estómago —dijo su madre, examinándome. En sus ojos marrones brillaba la incertidumbre.

Conocía esa mirada. «Por qué te lo estaré contando a ti y no al doctor», decía.

Era totalmente culpa mía. Siempre había parecido mucho más joven de lo que era, no aparentaba los veintiún años que tenía. No podía quejarme porque esto era la profesión médica: los títulos en las paredes y las canas en el pelo siempre daban buen resultado con los pacientes. Pero una cosa había aprendido: nunca juzgues su juicio. Simplemente haz lo que tengas que hacer.

—Kurt —dije acariciando la frente húmeda del niño—. ¿Es así como te llamas, cariño?

Al tocarle, Kurt abrió los ojos. Sus grandes ojos marrones estudiaban los míos, pero se mostraban confiados y me abrían, sin saberlo, la ventana de su alma. Nuestras almas se entrelazaron, lo tenía. La calma se extendió por su rostro y dejó de llorar.

—¿Puedes decirme dónde te duele, Kurt?

Con sus ojos fijos en mí, llenos de asombro y curiosidad, Kurt abrió los brazos y señaló un punto sobre su ombligo.

—Me duele aquí —dijo en voz alta y clara.

Toqué en aquel punto.

Kurt se puso tenso pero no se resistió.

—Duele cuando lo tocas —dijo, con sus largas pestañas empapadas en lágrimas.

—Tendré mucho cuidado —prometí y situé el corazón de la palma de mi mano sobre su abdomen.

El poder que tenía dentro despertó, saliendo desde lo más profundo de mí, controlándome completamente como si yo no fuera más que el vehículo a través del cual salía a la superficie. Cuando el niño me abrió la ventana de su alma, fue en realidad la mirada de esa fuerza la que observó a través de mis ojos cristalinos y alcanzó al niño. Se presentó ante la llamada del dolor, no ante el deseo de mi voluntad; era un ciclo de energía que despertaba de sus raíces en mi interior pero que solo podía completarse con la llamada de otro.

Mi mano se templó al sentir la irradiación de calor creciendo dentro de mí.

Los ojos de Kurt se abrieron.

—Genial. Ya no me duele, mamá.

—Te voy a dejar con el doctor Peter. Es un doctor muy bueno y se asegurará de que tu dolorcillo de tripa no vuelva a repetirse. —Le hice un guiño a Kurt y él me lo devolvió.

Me abrí paso hasta el baño de empleados y me encerré dentro, para dejar reposar la cabeza sobre la tapa del baño. Este poder mío era una maldición y una bendición al mismo tiempo. Uno podría pensar que estar equipada con semejante cosa doblaría, si no triplicaría, la energía propia. Pero no, siempre me dejaba consumida y agotada después. Y tan solo lo empleaba para diagnosticar enfermedades. El poder de sanar todavía no me había llegado. Me preguntaba si alguna vez lo haría.

Minutos más tarde, recuperada y recobrada la calma, regresé a aquel manicomio. Peter se dejó caer a mi lado mientras yo simulaba tomar algunas notas. Un ligero temblor sacudió mis manos. Dejé el bolígrafo con cuidado.

—Gracias, Lisa —dijo Peter quitándose las gafas y limpiándolas con una esquina de la bata—. No hubiera podido examinar a ese crío sin ti. La madre no me ayudaba para nada. —Me miró

fijamente—. ¿Qué es lo que hay en esa forma tuya de tocar? ¿Ese instante? Sentí algo. ¿Eres una de esas?

—¿Una de esas? —le lancé una mirada.

—¿Una de esas misteriosas sanadoras?

—Ya me gustaría. Ese instante que percibió tiene un nombre.

—¿Cuál es?

—Se le llama compasión, doctor.

Peter rió.

—Claro. Bueno, voy a pedir un hemograma completo, una prueba metabólica 20, un examen de orina y un estreptococo. ¿Qué opinas?

—No se olvide de un examen abdominal con rayos x, tumbado y erguido. —Eso les permitiría encontrar los veinticinco céntimos atorados que estaban dando problemas al pequeño Kurt.

—¿Sabes? Tienes un instinto increíble. La semana pasada te diste cuenta de aquella apendicitis que yo casi paso por alto, y está también aquella otra cosa...

—Eso también tiene un nombre. Experiencia.

Él resopló.

—Sí, once largos meses de experiencia, eres tan vieja...

En aquel momento uno de los babosos hubiera alargado su mano para ponerla en alguno de los puntos habituales, pero él no.

—Serías una estupenda doctora. Apostaría por ello.

—¿Está intentado librarse de mí?

—¿Sueno como si quisiera? Deberías pensar en estudiar Medicina. De verdad. —Se alejó caminando y anotando las órdenes en el cuadrante.

Tenía un bonito culo, ahora que me fijaba. Qué pena que no hubiera ningún deseo en mí más allá de apreciar la vista.

Estudiar Medicina. ¡Ja! No era para mí, no en esta vida. No podía permitírmelo. Ya dos años estudiando Enfermería habían sido un milagro; la beca completa y la ayuda para mi manutención fueron una auténtica bendición. Habían hecho realidad el sueño de mi niñez, casi una vocación, de estar cerca de los enfermos y los débiles, de los que sufrían y padecían.

El dinero también me había permitido escapar de mi confinamiento en la casa de acogida, recuerdos que prefería dejar atrás, enterrados e intactos. Todavía recuerdo aquellos primeros embriagadores días de independencia, libre como un pajarillo recién escapado de la maraña de su nido, poniendo a prueba sus alas, respirando aire fresco. Una exhalación después de una larga, larga inhalación.

Mis pensamientos sobre el pasado se vieron repentinamente interrumpidos por una fuerza tangible. Una fuerza que circulaba por el aire, penetrando entre la multitud que atestaba las salas, las conversaciones, los gritos, el estruendo. Densa en el espacio, se filtraba a través del ordinario mobiliario, por entre las cortinas blancas de separación. Se dirigía hacia mí, como una invisible flecha que busca su víctima, su objetivo.

Miré en la dirección en la que aquella fuerza que se me acercaba se abría camino, y vi el aire ondularse, formando una gigantesca ola que sobrepasaba todos los obstáculos, grandes o pequeños, empujando hacia adelante y enterrándome en su avalancha.

Permanecí de pie, atontada y deslumbrada por la invasión, temblando cuando la fuerza rastreadora me alcanzó. Fue como si hubiera sido electrocutada; un hormigueo recorrió todo mi cuerpo y todo mi vello se puso de punta. Tirité, sintiéndome débil y mareada, y me incliné sobre mi escritorio.

¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso?

La opresión invisible de pronto se aflojó ligeramente y mi cuerpo se relajó como si me hubieran quitado un peso del pecho. Pero antes de poder volver a respirar, aquella fuerza se volvió traviesa. Me exploró, tocándome como lo harían los invisibles dedos de un amante, acariciándome, despertando deseos y sentimientos ajenos dentro de mí que nunca antes había sentido. Mi cuerpo se relajó, me humedecí y me subió la temperatura. Empecé a estremecerme y entonces pude olerlo. Sangre.

Mi nariz se hinchó. Giré la cabeza siguiendo el rastro y lo vi, la fuente de donde provenía. Cama ocho.

Estaba sentado solo en la camilla justo al otro lado de la habitación y sus ojos azules me miraban fijamente. Su cabello era largo, más oscuro que la medianoche, y le caía en suaves ondas que rozaban sus hombros. Tenía la piel de color marfil, luminosa y pura como la luna llena sobre un cielo negro como la tinta; y un rostro que podría conmover a su creador, haciéndole llorar de alegría o de celos. Un ángel caído del cielo. *No, pensé, viendo sus ojos rapaces, no caído del cielo... expulsado.*

Verlo me dejó sin aliento. Observé que se hinchaba su nariz cuando deliberadamente llenó sus pulmones de aire y supe que seguramente igual que yo había olido su sangre, él estaba aspirando mi perfume, oliendo mi excitación. Sus pestañas cayeron para alzarse de nuevo como si fueran las alas de una mariposa, haciendo un elegante barrido. La fuerza y el calor que transmitían sus ojos intensificaron su efecto acariciador sobre mí, penetrando la superficie, tirando de mi interior, buscando que mi propia fuerza apareciera en respuesta. Nuestras energías se encontraron y se enredaron. Mis pezones se pusieron duros como rocas, mi muralla interior se estremeció y deseé ir hacia él. Ir hasta donde estaba para atraerlo hacia mí.

El aire crepitaba con tal intensidad que estaba segura de que los demás tenían que verlo. Pero las enfermeras estaban ocupadas con sus agujas y sus notas y los doctores cuidaban afanosamente de sus pacientes.

La atracción entre nosotros se tensó como una cuerda. Luché desesperadamente contra esa atracción de la única manera en que sabía, ola contra ola, marea contra marea. Intensifiqué mi fuerza, empleando hasta la última gota de energía, haciéndole frente. Prácticamente saltaban chispas en el aire entre nosotros. Y todavía requirió todo mi control permanecer sentada y no acercarme hasta él. El sudor brillaba sobre mi piel y mi temblor se hizo más violento.

Nunca antes había sentido nada así en mi vida. ¿Era como yo? ¿Era uno de mi raza, fuera lo que aquello fuera? ¿O era un enemigo? De una cosa, pensé, estaba segura. Era un cabrón.

Entrecerré los ojos con ira. Cómo se atrevía a usar sus poderes conmigo.

Fui con paso airado hasta donde se encontraba, estaba sentado sobre una camilla con las piernas colgando a un lado, y me quedé a apenas centímetros de distancia.

—Para —gruñí.

Sus ojos se abrieron.

—No soy yo quien lo provoca.

Su voz, grave y melodiosa, era tan hermosa como el resto de él. Qué injusto.

—No me mientas —siseé.

—No me atrevería.

—Solo... solo para.

Encogió los hombros con gesto de incredulidad, un ligero alzamiento de hombros y pecho, un movimiento sencillo, pero que no tenía nada de simple, porque tocó algo dentro de mí, como si literalmente hubiera sido una caricia, haciendo que me estremeciera; bajé la mirada y no pude evitar notar el bulto que había crecido entre sus piernas. Sus ojos se cerraron y aun así sentía la atracción, que no disminuía en intensidad. Confundida, noté de pronto la cuidadosa rigidez con la que se sostenía, los nudillos blancos de aferrarse al armazón de la camilla, su frente húmeda. Parecía luchar contra aquella atracción tanto como yo.

—Tú lo sientes también —dije, arrugando la frente.

—Sí. —Sus ojos azules se abrieron de golpe, atravesando los míos con súbita intensidad—. ¿Dónde están tus escoltas? No siento a nadie más aquí aparte de ti y de mí.

—¿Escoltas?

Arrugó el ceño.

—Seguramente eres... —Cuidadosa, lentamente, alzó una mano hacia mí, parando justo antes de tocarme, y acarició el aire sobre la piel desnuda de mi antebrazo. Su fuerza, aun invisible y sin contacto, era palpable justo por encima de la piel. Sentí su caricia tan claramente como si me estuviera tocando.

»Te siento como a una reina —murmuró.

Di un paso atrás, preguntándome si era uno de esos locos que con frecuencia acababan en el San Vicente, deshidratados, famélicos y completamente delirantes. Pero aún así, había algo distinto en él.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté cortante.

Una rolliza celadora se acercó rápidamente; lucía una brillante sonrisa en un rostro maternal. Era Sally, se encargaba de tomar todos los parámetros vitales de cada nuevo paciente para aligerar así el trabajo de las enfermeras.

—Oh, Dios mío, no eres guapo tú ni nada —murmuró Sally, bajando la vista hacia su planilla—. David Michaels. Justo lo que necesitaba para alegrarme la noche.

Sonrió. Una letal combinación de dientes y hoyuelos.

Ella le sonrió a su vez.

—Podré darte todos sus parámetros en un segundo, Lisa. —Y diciendo esto alargó la mano para tomarle el pulso.

Se hizo patente entonces algo que hubiera debido notar de inmediato de no haber estado aturdida por su belleza y la reacción de mi cuerpo hacia él. El ritmo de sus latidos era muy, muy lento. No más de treinta pulsaciones por minuto. Muy por debajo del ritmo normal humano que son unas sesenta pulsaciones o más. Mi propio corazón se aceleró por encima de sus perezosas cincuenta pulsaciones habituales, llegando hasta sesenta cuando Sally frunció el ceño y alzó la vista.

Él atrapó su mirada con sus ojos y sentí entonces su poder fluyendo suavemente. Mierda. Realmente no lo había usado hasta ese momento. ¿Qué era entonces aquella atracción tan extraña y tan intensa entre nosotros?

Las arrugas sobre la frente de Sally se fueron borrando como ondas sobre agua inmóvil.

—Su pulso es de sesenta y su presión arterial es de ciento veinte con setenta.

Anotó los números en su hoja, aparentemente sin darse cuenta de que no había llegado a usar el brazalete del tensiómetro que estaba junto a ella. No lo había tocado.

Tragué saliva.

—Gracias, Sally.

—De nada. Es todo tuyo. —Me hizo un guiño y se marchó apresuradamente hacia su próximo paciente.

Una vez que Sally se hubo marchado, me volví hacia David Michaels o como quiera que se llamara en realidad, mirándolo con dureza.

—Acabas de controlar su mente ahora mismo, ¿verdad? Ni siquiera te tomó la tensión.

Se reclinó sobre la almohada, con los ojos cerrados; parecía aún más pálido que antes, si es que eso era posible. Se rió sin fuerzas.

—Diosa, no puedo creer que algo tan sencillo pueda dejarme tan exhausto...

—¿Qué eres? —susurré, y tiré de las cortinas de separación, cerrándolas completamente a nuestro alrededor.

Alzó sus negras pestañas.

—No importa lo que yo sea, ¿quién eres tú? —preguntó, inclinándose hacia delante. El movimiento le provocó una mueca de dolor y se colocó una mano sobre el vientre.

—Estás herido.

Con un ligero estremecimiento levanté su camisa. Tenía un corte de un par de centímetros de ancho. Una roja gota de sangre brillaba, de manera seductora e irresistible, escarlata sobre su perlada piel blanca. Al ver su sangre, algo hizo *clic* y se abrió dentro de mí, algo que no sabía que existiera. Como si estuviera en un sueño, vi mi dedo acercarse y recoger la tentadora perla carmesí en su yema. Lo vi a él estremecerse al ser tocado. Lo vi temblar de nuevo cuando lamí la sangre de mi dedo y lo saboreé.

Era dulce, muy dulce, aunque contaminada por un extraño sabor metálico.

¿Qué era esta criatura que tenía delante? ¿Y qué lo había herido?

Suavemente, cubrí su herida con la palma de mi mano. El centro de mi mano tembló y pulsó. Mis sentidos se filtraron en su interior, revelándome claramente el camino abierto a través de sus tejidos.

—Te han apuñalado. Con un estilete. Y siento algo más. Hay... veneno en tu interior.

—Veneno. —Una esquina de su exuberante boca se alzó en una mueca de amargura—. Una precisa descripción. Una hoja sumergida en plata líquida. Ahora que el veneno líquido está dentro de mí se irá extendiendo lentamente. Ya me ha debilitado mucho.

—¿Quién te apuñaló?

—Mi reina, Mona Sera.

—Claro, tu reina —dije, preguntándome una vez más si no estaría loco—. ¿Ha venido desde algún país extranjero de visita? Y ¿por qué te ha apuñalado?

—La iba a abandonar —dijo simplemente—, y este fue su regalo de despedida. Normalmente una herida como esta se curaría en el transcurso de unas horas, pero me castigó usando una hoja de plata.

—¿Por qué es tan dañina la plata?

—Porque las cualidades inherentes de la plata atacan a nuestros cuerpos, causando que nos curemos como humanos. Lentamente.

Como humanos.

—Claro. Así que no eres humano.

Me lanzó una mirada llena de curiosidad.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿qué eres?

—¿De verdad que no lo sabes?

—¿Por qué debería saberlo?

—Porque eres igual que yo.

Tragué saliva.

—Y eso es...

—Monère. Hijos de la luna.

—Por supuesto —lo tranquilicé—. Hijos de la luna. —El tipo estaba totalmente colgado.

—No estoy loco, como crees. —Frunció el ceño y escudriñó en mi interior, penetrándome con su poder de tal manera que de nuevo volví a sentir ese calor arqueando mi cuerpo como antes.

—Ah, eso lo explica —respiró. Había asombro en sus ojos—. Eres mestiza.

—¿Mestiza?

—Sí. Una pequeña parte de ti es humana.

—¿Una pequeña parte?

—Un cuarto, creo.

—Soy completamente humana. Una cabeza, cuatro extremidades, dos ojos... —dijo, retrocediendo.

—No, no te vayas —dijo alzando una mano hacia mí—. Todavía hay más. Eres una reina.

—Una reina. Eso es una estupidez. No he sido ni siquiera reina de la belleza en Queens. Soy solo una enfermera.

—No, no lo entiendes. Tienes *aphidy*, un excepcional halo de fragancia que solo es propio de una reina. Por esta razón todos los hombres monère se sienten atraídos por ti.

—Para que luego hablen de química natural. Y yo aquí pensando que eran el encanto que rezumaba y mi imponente belleza los que atraían a los hombres hacia mí —dijo sarcásticamente.

—Puedes dudar de todo, pero debes creer que ahora estás en peligro. Los hombres de Mona Sera me están buscando. Rastrean el olor de mi sangre. Y si me encuentran a mí, te encontrarán a ti. ¿Tienes protección?

—¿Qué quieres decir con protección? Yo me protejo a mí misma.

—¿No tienes escoltas?

Negué con la cabeza.

Una genuina expresión de aflicción surcó su rostro y descubrí que mi corazón se rendía ante su profunda preocupación. A pesar de que afirmaba cosas imposibles, una parte de mi respondía a sus palabras. Sonaban a verdad en algún lugar muy dentro de mí. Y no podía negar lo atípico de su poder, como el mío. Empecé a creerle.

—¿Conoces a alguien más... —hizo un gesto con la mano como buscando la palabra— como tú?

—No —susurré—. Eres el primero que he conocido.

—Dulce madre Luna. —Hundió la cabeza. Sus perfectos hombros se desplomaron. Se rió sin ganas—. ¿Qué voy a hacer contigo? —Esto último lo susurró como para sí mismo. Sonaba débil, derrotado, y eso me molestó. Un montón.

—¿Te recuperarás con el tiempo?

Negó con la cabeza.

—No sin el antídoto.

—¿Cuál es el antídoto?

—Confiaba en que tú pudieras decírmelo —dijo con amarga e irónica sonrisa—. Pero claro, eso sería esperar demasiado. Algunos aseguran que no hay antídoto, pero también hay rumores de que solo las reinas lo poseen. Así que huí hacia la dama de luz más cercana, la reina que estuviera más próxima, para suplicar clemencia y buscar ayuda.

—¿Tenéis más de una reina?

—Cada territorio está gobernado por una reina —respondió—. Y el país está dividido en muchos territorios.

Había dicho que yo era una reina, pero no podía ser una reina de verdad, porque si no sería capaz de ayudarle.

—Lo siento —dije con enorme pesar en mis palabras—. Te daría el antídoto si lo tuviera.

—¿Lo harías de verdad? —preguntó con una ligera sonrisa—. ¿Un fugitivo herido por la mano de su propia reina? Qué curioso. Y aun así creo que lo harías.

—¿Por qué te envenenó tu reina? ¿Por qué te marchabas?

Suspiró.

—Mona Sera es una de nuestras peores reinas. Todos aquellos que ella ha tomado no los acepta ninguna otra reina. Pasé veinte años con ella y estaba totalmente asqueado. Pero aunque es una mala reina, es inteligente en lo que se refiere a los negocios y ha acumulado una enorme riqueza y poder en sus transacciones con humanos. Nos obligaba a acostarnos con ellos a cambio de concesiones que ella deseaba en sus negocios. Los humanos se sienten atraídos por nosotros por lo inusual de nuestra belleza,

incluso por el que menos bello es entre nosotros. Pero nosotros no obtenemos ningún placer a cambio. Somos dos especies diferentes. Nuestra piel no se llena de luz cuando estamos con uno de ellos.

—¿No se llena de luz? —Me pregunté qué sería eso de la luz.

—Nuestros corazones se quedan vacíos —continuó—. Mona Sera creó una casta de mujeres y hombres para prestar este servicio externo.

—¿Eras uno de ellos? —pregunté suavemente.

—Sí —dijo. La vergüenza ahogaba su voz—. Era uno de los hombres de su servicio. La última vez envié a mi hermanastra, Sonia, nuestra querida comadrona, como castigo por su reciente rebeldía en contra de esta ocupación. Estas uniones, aunque carentes de alegría y de amor, daban fruto algunas veces.

—Como yo.

—Sí —asintió—. Y era responsabilidad de Sonia el encargarse de estas consecuencias. Ella asistía en el nacimiento de los bebés y los abandonaba con los humanos para guardar la pureza de nuestro linaje. Lo estuvo haciendo sumisamente hasta que sufrió un aborto natural, perdiendo a una hija fruto de una de esas desafortunadas uniones con humanos. Desde entonces, Sonia no podía considerar esta práctica de abandono con la misma objetividad y pidió a la reina que la relevase de esta ocupación. Como castigo, Mona Sera envió a Sonia para que se acostara con un varón humano conocido por su retorcido disfrute del sexo. Sonia volvió con marcas ensangrentadas causadas por el látigo y con cortes y magulladuras por todo su cuerpo. Di caza al hijo de puta y lo maté. No podía permitir que nadie tratara a mi hermana así. El hombre muerto era el hijo de un multimillonario senador de Luisiana, el hombre de Mona Sera en la capital humana de Washington D. C. En lugar de castigarme a mí, Mona Sera hizo que Sonia fuera violada delante de mis ojos por uno de nuestros más feroces guerreros, Amber. Eso me destrozó —dijo—. Su tiranía, su crueldad, y su malicia. Censuré a Mona Sera delante de nuestra gente y di por acabada mi lealtad hacia ella. Era algo

que no se había hecho antes. Mona Sera se enfureció. Hizo que sus guardias me ataran al poste de los azotes. Pero en lugar de matarme rápidamente quiso que sufriera una muerte lenta y dolorosa, por eso me clavó una daga envenenada con plata en el estómago. Justo antes del amanecer una de las mujeres de nuestro servicio cortó mis ataduras y escapé.

—¿Cuál es tu nombre real?

—Mi nombre es Gryphon. ¿Cuál es el tuyo?

—Mona Lisa —me oí decir, y el nombre me sonó extraño. Inconscientemente le había dado mi nombre completo, el nombre que estaba grabado en el reverso de la cruz que llevaba colgada al cuello cuando me encontraron siendo yo un bebe. Mi más preciada posesión, el único vínculo tangible con mi madre.

—Es un honor y un placer conocerte. —Gryphon se inclinó haciendo una floritura, un gesto natural y lleno de gracia, hasta que hizo una mueca de dolor.

—Déjalo. Si no vas a empeorar la herida.

—Como deseas, Mona Lisa.

Lo dijo como una caricia, y aquellos hermosos labios, que pronunciaban alegremente mi nombre, me tocaron por dentro; tocaron una parte vacía de mí de la que no había sabido nada hasta ese momento.

—Debes sellar la herida con algo impermeable al aire —dijo Gryphon—, o les resultará muy fácil seguir dándome caza gracias al olor de la sangre.

—Un doctor debería ver...

—No puedo esperar a un doctor. Debo marcharme rápidamente. Ayúdame, por favor.

Cómo deseé poder curarle. Nunca antes había sentido la falta de mi talento aún por desarrollar tan intensamente.

—Voy a por el vendaje líquido —dije.

Una pasada con el líquido, una aplicación con el pulverizador de parafina, y la herida estaba sellada. Después de que se secase apliqué un apósito adhesivo y, sobre este, puse un vendaje

adhesivo y plástico de color claro. Se disipó el fuerte olor de su sangre. Desapareció.

—Mi agradecimiento, señora —dijo Gryphon.

Por primera vez lo sentí vacilar.

—No sé si estarías mejor conmigo para servirte, o sola aquí desprotegida. Estoy herido, débil, y me persiguen, y solo puedo ofrecerte una pobre protección. En realidad, las probabilidades que tengo de sobrevivir resultan bastante desalentadoras.

—¿Podrá la reina hacia la que huyes ayudarte?

—No lo sé. —Hizo de nuevo ese gracioso encogimiento de hombros—. No es tan temible como Mona Sera. No creo que ninguno de sus hombres haya huido nunca de ella. —Me miró cansado, débil, y claramente dividido en cuanto a lo que hacer. A una pequeña parte de mí le resultaba grato que se preocupara tanto por mi seguridad cuando su situación era tan obviamente desesperada.

Después de considerarlo durante un buen rato, se levantó por fin. Era un hombre alto, un metro ochenta, unos diez centímetros más alto que yo.

—Lo mejor para ti será que te deje ahora. Es probable que los hombres que me están dando caza no entren en este lugar de sanación. Uno de sus hábitos es eludir lugares públicos como este. Pero si un día se topan contigo, ahora o en el futuro, no te enfrentes a ellos, no importa lo que hagan. Son guerreros de sangre pura, más fuertes y rápidos que tú. No temas, te sentirás atraída por ellos de la misma manera en que te sientes atraída por mí —dijo con suavidad—. Reclama en seguida el derecho de protección del Gran Consejo y exige que te lleven a Bennington, Minnesota, donde se encuentra la corte del Consejo. No tendrán más opción que llevarte si desean seguir viviendo.

—¿Por qué no puedo presentarme ante Mona Sera?

—Eso es lo que más debes evitar —dijo Gryphon terminantemente—. Si Mona Sera detecta el olor íntimo de sus hombres sobre ti, os dará muerte a todos. Te asesinaría porque a sus ojos estarías tratando de arrebatarle su territorio y sus hombres.

Destruiría a los hombres que se atrevieran a tocarte porque sería como una traición hacia ella, una forma de rechazarla. Y tal y como puedes ver —hizo una mueca señalándose con un gesto—, la señora no se toma bien el rechazo. Si aconteciera que sus hombres consiguieran refrenarse, cosa poco probable, haz todo lo que puedas por seducir a uno o dos, todos sería lo mejor, y hazlos tuyos. No les permitas, cueste lo que cueste, que te lleven ante Mona Sera. Tener que competir o ser retada por otra reina es algo que no tolerará.

Gryphon hizo una reverencia de despedida y abrió de golpe la cortina de separación.

Se marchaba. En aquel instante sentí la habitación vaciarse, sentí mi corazón hundiéndose con el peso de la decepción. Mis sentidos, mi poder, estaban fuera de mi control, y quise alcanzarlo.

—Espera —se me escapó.

Se detuvo; la obediencia a una reina estaba muy arraigada en él.

—Es imprescindible, para vuestra seguridad y la mía, que me marche rápidamente, ahora mismo —dijo en voz baja y con pesar.

No hacía falta pensarlo más. Estaba decidida. Una parte de mí que no podía negar sabía lo que quería. Busqué en mi bolsillo y puse mis llaves en su mano.

—Ve a mi apartamento. Espérame allí. Vivo a dos manzanas de aquí en el 156 de la calle Once Oeste, apartamento 7-B. Estaré allí dentro de una hora, cuando acabe mi turno.

Me miró, sin comprender, aturdido por el demasiado breve pero grato contacto de mi mano con la suya.

—¿Sabes lo que me estás ofreciendo? —preguntó.

—No. No lo sé y no me importa. Lo único que sé es que deseo ayudarte.

—No puedo arrastrarte a esta difícil situación en que me encuentro. No es seguro...

—Es mi deseo —lo interrumpí con voz firme—. Y es una orden.

Luchó contra su necesidad de obedecer.

—No es acertado...

—Por favor —le supliqué con los ojos; con todo lo que había en mí.

—Ah, pequeña —suspiró Gryphon derrotado y con los hombros hundidos, sucumbiendo a mi súplica. Apretó con fuerza las llaves en su puño—. Tus ojos luchan de manera desleal. —Consintió con una ligera inclinación de cabeza; sus hermosos labios se curvaron sonriendo, cargados de ironía—. Como mi reina ordene.

La oscuridad me dio la bienvenida. Un viento frío lamía mi piel y me tranquilizaba. Las estrellas brillaban y la luna creciente, ya en tres cuartos, irradiaba benévolutamente sus tonificantes rayos que acariciaban mi cara. Caminé rápidamente calle abajo, alerta, vigilante, buscando con ese sexto sentido adicional. No había nadie. No había otra presencia ahí fuera que se me pareciera. Podían haber llegado y haberse ido, o no haber llegado todavía.

Una vez que se desvaneció el perfume de la sangre de Gryphon, no había forma de saber si había tomado este camino. Tenía el corazón en un puño preguntándome si lo habría hecho. *Pasó por aquí, eso es.* O quizá cambió de idea y huyó. Imaginarlo ahí fuera, débil y solo, me hizo acelerar el paso. Entré en el edificio, una modesta construcción de ladrillo, y pasé de largo el ascensor, iba a ser muy lento. Llegué hasta la escalera y subí los peldaños de seis en seis con esa energía natural que siempre me había caracterizado. En menos de un minuto había subido brincando los siete pisos de escaleras. Me paré delante de mi puerta, dudando. Entonces lo oí, ese latido maravillosamente lento.

—Soy yo —susurré y la puerta se abrió.

Me colé dentro. Las cerraduras volvieron ruidosamente a su lugar en medio del denso silencio y Gryphon retrocedió rápidamente, teniendo cuidado de no tocarme. La habitación estaba a oscuras, no había luces, pero podía verlo claramente. Ningún hombre tenía derecho a ser tan bello. El blanco alabastro de su piel y el rojo intenso de sus gruesos labios eran un canto de sirena al que no tenía intención de resistirme. Sus tristes ojos azules tenían un atractivo innegable. Olía como la noche; un ligero perfume de árboles, viento y tierra. Olía como a hogar.

Deliberadamente lo inhalé, absorbiendo su perfume hasta lo más profundo de mí con un intenso y posesivo deleite. Esto es lo que había estado esperando durante estos largos y áridos veinte años. Un mensajero de mi mundo, un iniciador en mi auténtica vida. Esto es lo que vitalmente había echado en falta en los pocos hombres que había tomado en mi cuerpo. Nadie con quien hubiera intimado tenía mi química, ninguno era de mi clase. No sabía qué era lo que no funcionaba con ellos, conmigo, hasta aquel momento en que sentí a Gryphon con un primitivo reconocimiento en aquella estéril sala de urgencias. Compañero. Ahora él estaba aquí, en mi apartamento, esperándome en mi casa.

Una extraña enfermedad me invadió. Un espíritu audaz y posesivo, cuya existencia desconocía, apareció en escena tomando el control de mis acciones. Y sucumbí a él porque mi cuerpo lo quería y mi corazón lo deseaba.

Gryphon retrocedió con una mano alzada en forzada súplica cuando me aproximé.

—No. —Negó con la cabeza según avanzaba yo, retrocediendo hasta que su espalda tocó el muro—. No sería inteligente. Mona Sera...

—La has abandonado.

—Sí, pero todavía piensa en mí como en algo de su propiedad, para castigarme y para destruirme.

—Pero no eres suyo. —Me detuve a la distancia de un suspiro de él—. ¿No quieres ser mío?

Mi cálido aliento barrió la curva de su cuello, justo por encima de donde palpitaba su débil pulso.

—¿No quieres que sea tuya?

Se estremeció y cerró los ojos.

—Más de lo que deseo vivir.

Mis ojos brillaron triunfantes.

—No sería bueno para ti.

Me aparté de él y respiró profundamente, con alivio, hasta que me solté la goma del pelo, dejando que mi oscuro cabello cayera

como una estela negra, deslizándose por mi espalda, rodeando mis hombros, los mechones delanteros rozando la curva de mis pechos.

Gryphon se quedó helado, tan absolutamente quieto que parecía esculpido en mármol.

—Me dijiste que sedujera hombres y los hiciera míos. —Me quité los zapatos de una patada.

Tragó saliva, apretando los dientes.

—Para que se sintieran atados a ti y te protegieran.

Me incliné hacia delante observando como me observaba. Levanté una de mis perneras para quitarme el calcetín. Ambos lo vimos caer al suelo.

—No hay necesidad de seducirme. —Su voz era gratificadamente tensa—. Te protegeré lo mejor que pueda sin reclamarte.

—Lo sé. —Tiré del otro calcetín. Me miraba fijamente, aparentemente fascinado con la simple visión de un pie desnudo.

—Ya tienes el beneficio sin riesgos. —Respiró pesadamente cuando me desabroché el pantalón y lo dejé caer a mis pies.

—Si me tomas, la ira de Mona Sera será terrible—dijo con voz ronca, pero había una salvaje contradicción entre lo que sus palabras decían y lo que sus ojos evidenciaban. Me deseaba.

—Más o menos furiosa, nos querrá matar a ambos de todas maneras. Fue lo que dijiste. —Lentamente, lentamente de verdad, me fui quitando la parte de arriba. Sus ojos quedaron atrapados en la suavidad de mi estómago y su respiración se hizo más irregular.

Apartó sus ojos de la anhelada hendidura de mi vientre y se obligó a mirarme a los ojos.

—Tus probabilidades de sobrevivir serán mayores si nos contenemos.

Ignoré su noble súplica y me quité la parte de arriba dejándola caer al suelo. No llevaba sujetador. Gryphon cerró los puños, sus ojos se veían irresistiblemente atraídos hacia mis pequeños, pero altos y firmes, pechos. Se me endurecieron los pezones, se

pusieron duros como piedrecillas bajo su atenta mirada. Sentí como me invadía una ola de triunfante satisfacción al saber que bastaba la simple vista de mi cuerpo para alterar tan poderosamente a un hombre, haciéndole enrojecer y provocando el temblor de sus manos. Fue glorioso.

—De todas maneras, nuestras posibilidades de sobrevivir con Mona Sera son escasas —susurré—. ¿No quieres vivir completamente ahora? Yo sí. Quiero tocarte. Quiero que me toques. Quiero saber lo que es tomar a un hombre en mi cuerpo y disfrutarlo de verdad. —Cerré los ojos—. Mi cuerpo desespera por tenerte. Te deseo tanto. Nunca antes me había sentido así, nunca.

—Llevas plata —dijo Gryphon con sorpresa.

Tardé un momento en darme cuenta de lo que quería decir, tan arrebatada estaba por lo que sentía. Mi mano voló hacia la cruz que llevaba siempre colgada alrededor de mi cuello, cubriéndola.

—Perdona. ¿Te hace daño?

—¿Por qué habría de hacerme daño? Está sobre tu piel, no sobre la mía.

—¿Te resulta de alguna manera molesta la cruz? —Abrí el cierre y me alejé de él. La dejé caer en el cajón de una cómoda que tenía situada contra la pared. Me volví después para volver a encararlo. Pero con toda la extensión de la habitación separándonos sentí que esa extraña posesión se desvanecía y que volvía a ser la de siempre, llena de miedos e inseguridades. Me vino a la cabeza una vez más el dolor, no el placer, que habitualmente cosechaba cuando me enredaba con hombres sobre las sábanas de mi cama.

—Podemos tocar y mirar las cruces, podemos entrar impunemente en las iglesias. Es solo la plata que contiene lo que nos irrita. ¿No te molesta en absoluto el contacto de la plata sobre la piel?

Negué con la cabeza y crucé los brazos sobre el pecho, fui fríamente consciente de mi desnudez y de que habitaba un cuerpo que los hombres nunca considerarían voluptuoso. Esa consciencia me empujó a aventurar una conclusión:

—Quizá no te complace mi cuerpo.

—No —dijo Gryphon gravemente—. Tu cuerpo me resulta de lo más grato.

Pero en mi inesperado caos emocional no era capaz de distinguir qué había de verdad en sus palabras. No le creí. La atracción entre nosotros estaba presente y era intensa, pero parecía ser algo instintivo, algo que él no podía controlar. Su opción consciente, su intención, era sin embargo clara. No se había movido. No me deseaba.

—Lo siento —reí amargamente—. Parece que no soy demasiado buena seduciendo. Atraigo a los hombres al principio pero después dicen que soy fría. Y lo soy. Soy de hielo por dentro.

—Los humanos no nos atraen —volvió a explicarme, tranquila y pacientemente—. No sentimos con ellos lo que sentiríamos con otro de nuestra raza.

Lo irónico es que no estaba segura de si me incluía a mí entre esos humanos.

—Ya veo. Tienes razón, por supuesto, sobre nosotros. No deberíamos... —Me moví lentamente hacia el refugio de mi habitación—. No debería haberlo forzado. Lo siento.

Gryphon cruzó los tres metros que nos separaban de un gigantesco salto, moviéndose tan deprisa que ni siquiera se hizo borroso, sino que de pronto se encontraba a mi lado, a escasos centímetros de mí. Solté un grito ahogado.

—He cambiado de idea —dijo suavemente. Era un hombre perverso, eso es lo que era.

La ira me encendió y quemó todo rastro de inseguridad con un maravilloso baño de purificante calor.

—No quiero tu compasión —siseé, alejándome, retrocediendo hacia mi habitación, maldiciendo silenciosamente los caprichos de todos los hombres, sin importar su raza.

—Bien. Tampoco yo deseo la tuya —dijo secamente, siguiéndome hasta que mis corvas dieron contra el colchón. Mi habitación era tan pequeña que no había espacio para nada más que para la cama, un escritorio y unos pocos centímetros de espacio para poder pasar.

—Lo último que siento por ti es compasión —dijo Gryphon con ojos dulces y brillantes. Se desabrochó los dos botones superiores y se sacó la camisa por la cabeza, dejándola caer después al suelo. El chirriante sonido de la cremallera pareció intensificarse en el tenso silencio. Se quitó sus pantalones y se plantó delante de mí, mostrándome mucho más de su cuerpo de lo que yo le había mostrado. Yo todavía llevaba puesta la ropa interior. Todo lo que adornaba su cuerpo en aquel instante era el vendaje blanco sobre su costado izquierdo, y no era que escondiera su esplendor.

Me hundí en la cama, sentía de pronto las rodillas flojas; era maravillosa la revelación de lo hermosa que podía ser la forma masculina. Su vestimenta lo había ocultado, lo había enmascarado con la forma de lo ordinario. Desvestido reveló su absoluta belleza. Era divino.

Dejé vagar mi vista por todo su cuerpo, libremente, arriba y abajo, recorriendo la excesiva belleza de sus formas. Permití que mis ojos se regodearan sin reserva en aquel sensual festín después de toda una vida pasando hambre. La curva de su pecho era más musculosa de lo que había imaginado, más de lo que ese breve y tentador vistazo a su abdomen me había insinuado cuando me había ocupado de su herida.

Era esbelto, poderoso, peligroso. Un elegante pero mortal depredador; sus hombros eran amplios y se iban estrechando hasta formar unas finas caderas; tenía fuertes muslos, y gruesas y musculosas pantorrillas. Lo único suave en él era la negra cabellera que lo cubría y caía en gruesas ondas que le rozaban los hombros. Mis manos cosquilleaban, necesitaban sumergirse en esos largos mechones y descubrir si serían tan suaves y sedosos al tacto como prometían ser. Su pecho era simple perfección, no necesitaba de ningún otro adorno aparte de sus gemelos pezones que eran de un color tostado cálido, como una castaña, y que sin dudar serían igualmente sabrosos. Frescos mechones de pelo señalaban el camino por su vientre y se convertían luego en oscuro marco de su tieso y exuberante pene. Este se alzaba

ansiosamente como para encontrarse conmigo, era todo él una elegante conjunción de forma y función, y se rozaba contra la dura línea del abdomen, inclinándose ligeramente como si saludara. Se me escapó una risa nerviosa y me tapé la boca con la mano.

—¿Ya no me deseas, Mona Lisa? —me preguntó suavemente con ojos brillantes.

Me humedecí los labios resecos. Sus fulgurantes ojos siguieron mi movimiento.

—Siempre te desearé —fue mi simple y verídica respuesta.

Sus ojos se cerraron con fuerza y se abrieron brillantes como un zafiro ardiendo.

—Eres más de lo que nunca había esperado encontrar, una reina con la que nunca me había atrevido a soñar. ¿No quieres poner tus manos sobre mí? ¿Me darás permiso para poner las mías sobre ti?

Subió lentamente y con sinuosa elegancia a la cama, apoyando sus rodillas cada una a un costado, hundiéndose en el colchón. Se movía lentamente, como con miedo a asustarme. No necesitaba molestarse. El extremo deseo que estaba sintiendo por él, el desesperado control que mantenía para no caer ferozmente sobre él y devorarlo, eran más que suficiente para darme un susto de muerte. Retrocedí unos centímetros y caí sobre mi espalda cuando se situó sobre mí, inclinándose y apoyando los brazos a ambos lados de mi cabeza, deteniéndose justo antes de tocarnos.

—¿No deseas tocarme? —preguntó.

—Sí.

Oh, madre mía, ¿puedo? Sí. Respiré hondo y alargué una mano temblorosa para posar mis dedos sobre su pecho. Su piel era fría y suave, seda sobre piedra viva. Era tan grata la sensación que casi rozaba el dolor. Ambos gemimos con la emoción del contacto. Retiré la mano.

Rodó con flexibilidad sobre su costado izquierdo. Me volví para mirarlo. Alargó su mano derecha y me reconfortó ver su ligero temblor. Me tocó ligeramente en el mismo lugar donde yo

lo había tocado. Apenas por encima del corazón. El placer me hizo jadear. Nada más, solo un ligero roce, y el líquido deseo se escurrió por mi muslo. El olor de mi excitación se hizo más denso e impregnó la habitación. Las fosas nasales de Gryphon se abrieron y respiró con fuerza, profundamente, pero no hizo nada más. Cuando ya no pude resistirlo más alargué la mano y apoye toda la palma sobre su pecho. Tembló y dijo ásperamente:

—Sí, dame más.

Lo acaricié, incapaz de parar, no queriendo parar, y su mano se movió siguiendo lo que hacía la mía. Una ligera caricia a lo largo de las clavículas, otra mano para seguir la línea de sus hombros y la pendiente de su brazo. Hundí ambas manos en la fría seda de sus cabellos y la sensación era aún mejor de lo que yo había imaginado, e hice un sorprendente descubrimiento en su nuca.

—Tienes suaves y blandas... ¿plumas?

Farfulló asintiendo, absorto en la sensación y jugando con mi propio pelo.

De pronto necesitaba saborearlo. Susurré mi necesidad.

—Gryphon. —Me alcé sobre las rodillas y me incliné para tocar sus labios con los míos. Eran de una suavidad satinada. Dulce frescor. Y suaves. Tan suaves. Rocé mis labios con los suyos, disfrutando del suave deslizamiento de la piel sobre piel de seda hasta que gimió con la necesidad de más y abrió los labios. Mi lengua se deslizó en la sorprendentemente cálida caverna de su boca, lamí su dentadura, me deslicé por la curva de sus húmedas mejillas, y me rocé con su áspera lengua. Gryphon gimió de nuevo, deslizó mi ropa interior por las piernas y me atrajo hacia él. El placer-dolor de la carne contra la carne, el contacto de mis endurecidos pezones contra la suave dureza de su pecho, el roce de su cálido e hinchado miembro contra mi vientre blando lo hicieron entrar en acción. Rodó para ponerse encima de mí, sus labios se movían agresivamente contra los míos, su lengua se enroscaba en la mía, se rozaba, se deslizaba, entraba y salía, con un movimiento de inmersión que provocó que me abriera de piernas, arqueando mis caderas contras las suyas. Lo

atraje hacia mí, queriendo más de su delicioso peso. Deslicé mis manos con frenética codicia por su espalda, por su esbelta cintura, hasta alcanzar las succulentas nalgas de su trasero, apremiándole para que entrara en mí.

Su cálida boca resbaló por mi mejilla hasta mi cuello, y di un grito de placer cuando sentí sus dientes mordiéndome donde me latía el pulso. Se llenó la boca con mi carne, y apretó los dientes con refrenada ferocidad, gruñendo con el deseo de atravesar la carne y probar la dulce sangre. Pero en lugar de morderme, chupó con fuerza y me soltó, lamiéndome después con su áspera lengua, bajando para saborear el hueco en la base de mi cuello.

—Dime que me deseas —dijo bruscamente.

—Sí —exclamé.

Tomó mi pezón con su boca, lamiendo la sensible punta una y otra vez.

—Por favor, Gryphon —jadeé.

—Sí, di mi nombre. —Su voz retumbó en mi pecho con una placentera sensación—. Dime que me necesitas.

—Te necesito ya. Por favor.

Mordisqueó suavemente mi pezón y me erguí; grité mientras él tiraba y chupaba con violencia calculada, su otra mano amasaba, acariciaba, apretujaba mi otro pecho, su pulgar frotando el otro pezón, provocando excitantes sensaciones que me atravesaban como dardos.

—Oh, Dios. Gryphon... Gryphon.

—Sí, sí. Di mi nombre —dijo con voz ronca, su otra mano deslizándose por mi estómago para acariciar mis rizos. Me abrió los labios y metió un dedo dentro. Me quedé paralizada por la impresión que me produjo, la maravillosa y sorprendente sensación, tan espléndido placer, y no me atrevía ni a respirar mientras me acariciaba entrando y saliendo.

—Estás tan tensa... Relájate, sí. Déjame... —Introdujo un segundo dedo en mi interior y temblé descontroladamente al tiempo que gemía con los ojos completamente abiertos. Conti-

nuó acariciándome y relajándome con su mano mientras me introducía hasta el segundo nudillo y continuaba avanzando.

—Sí, eso es —murmuró—. Qué hermosa, qué dulce eres. Más de lo que nunca hubiera soñado.

Me abrió completamente con sus dedos y después los sacó. Levantó su peso y mis ojos se abrieron con un grito de protesta, que cesó de inmediato cuando se levantó y tiró de mí hacia adelante. Colocó mis caderas colgando sobre el borde de la cama y puso mis piernas sobre sus hombros. Sus mejillas estaban salpicadas de color y sus oscuros ojos brillaban como diamantes azules. Con sus ojos fijos en los míos, se abrió camino dentro de mí, llenándome lentamente mientras mis ojos se abrían con la increíble sensación de él, con la suprema agonía de que me abriese.

—Oh —respiré ante el imponente milagro del placer húmedo en lugar del dolor seco.

—Eres tan cálida... tan cálida —resolló—. Sí, me gusta. Tómame. ¿Te hago daño?

—No. Tu herida...

—Estoy bien —gimió y empujó hasta el final—. Bien. —Y empezó a moverse.

—Sí —gemí y me sujeté por temor a empeorar su herida, a hacerle daño cuando él me estaba destrozando por completo con sus profundos y medidos empujones. Lo observé, me empapé de él, de su imagen, de la sensación de él. La dulce agonía del placer contrayendo su cara, lo perfecto de su cuerpo deslizándose dentro del mío. Le dejé controlarlo todo, mientras le tomaba y lo mantenía dentro con firmeza.

Empezó a moverse más deprisa, sus músculos se estremecían, forzando, mientras empujaba más adentro, con más fuerza, destrozándome, rompiéndome con un placer aterrador. Sentí que me ensanchaba una vez más, moviéndome hacia algo cuya fuerza crecía y crecía. Y cuando creí que no podía ser más salvajemente hermoso, empezó a brillar. Ambos empezamos a brillar, con una luz que nacía de nuestra unión y se extendía por

todo nuestro cuerpo, llenándonos de una gloria incandescente que hacía translúcida su piel y que cubría su negro cabello con un halo de luz. La terrible belleza que lo iluminaba me inundó los ojos con lágrimas de agonía y de alegría.

Sí, me vino el pensamiento. *Esto es para lo que estamos hechos*. Y esa fuerza me barrió, me inundó, me rasgó, y me reconstruyó haciéndome aún más fuerte. Convulsioné, latía, latía. A ciegas, oí gritar a Gryphon por encima de mí:

—Mona Lisa... es mía.

Y entonces bombeó con vehemencia en mi interior, gimiendo intensamente, llenándome con su semilla.